

ellas, puesto que ni una partecilla del don de Dios debe perderse, ya que hasta las migajas son perlas en el servicio de nuestro Señor.

Por último, dadles como fin y vestidura la humildad: que todas tiendan á aquella humildad en que nuestro Señor se envuelve en el Santísimo Sacramento, la cual os preservará de la vanidad y desaliento. — San Bernardo dice que Dios no pide ni mira el resultado, sino el cuidado puesto en cumplir su voluntad; obténer resultado ó no obtenerlo, es meramente secundario.

Guardad atentamente estas palabras, que son aplicables á todos los días y á todas las acciones de vuestra vida religiosa.



LA SANTIDAD POR LA REGLA

LA ley de vuestra santidad y la condición de la gloria de nuestro Señor en vosotros, así como la fuerza de duración y de acción de la Congregación, consisten en la observancia de la regla.

Y aunque se puede ser santo sin una regla religiosa, esta santidad no puede ser la vuestra.

Hay que distinguir entre regla y reglamento; pues éste es la regla material, la nomenclatura de sus prescripciones positivas, la consigna, el orden de cada acción; mas la regla es el espíritu de vuestras acciones, la ley interna, la forma de la santidad, la que efectúa la educación espiritual.

Quiero decir que sólo podéis hacer os santos por la práctica perfecta de vuestra regla, porque Dios no os ha creado sino para ser religiosos del Santísimo Sacramento; todo en vosotros está ordenado para esta gracia y esta vida, y la regla es el Evangelio aplicado á vuestro temperamento y á vuestras necesidades. El Evangelio es la ley general; la regla, la ley particular. Aunque todas las corporaciones reli-

giosas son idénticas en cuanto son escuela de Jesucristo, porque todas practican sus consejos, son, sin embargo, distintas unas de otras por el espíritu y el fin con que los practican.

Todo hombre está obligado á saber y practicar el Evangelio; pero basta á vosotros que conozcáis y practiquéis vuestra regla, que es vuestro Evangelio.

Tal vez digáis que la nuestra no está aprobada por la Santa Sede: cierto; pero sin embargo, la aprobación de la Congregación por la Santa Sede es una aprobación indirecta de la regla que, examinada en Roma, se ha creído que podría formar religiosos que tuvieran un fin especial, útil á la Iglesia y capaz de glorificar á Dios y de santificar las almas. Esta regla ha sido elogiada en conjunto, y el Padre Santo ha señalado las correcciones que deben hacerse en ella; de modo que no habéis de respetarla menos, con el pretexto de que no ha sido aprobada canónicamente (1). — La prudencia y la bondad han movido á la Iglesia á no aprobarla, puesto que su aprobación comunica á una regla un carácter definitivo, después del cual no se puede sin su permiso quitar ni añadir nada; cosa que ahora podemos hacer y que es necesaria en los principios.

Entretanto que nuestras súplicas obtienen una aprobación definitiva, es preciso que vuestro comportamiento apruebe esta regla, pues la Iglesia quiere saber si es practicable; pero si no la practi-

(1) El Padre decía esto en 1867; pero luego las Constituciones redactadas por él y en que constantemente y hasta su última hora trabajó como *en su único libro*, han sido aprobadas por un decreto de la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares. — Dejamos su argumento en su forma primitiva, que así tiene más fuerza.

cáis, ¿con qué objeto se ha de intentar que se apruebe?

La Congregación os dice: «Hijos míos, os ruego que observéis la regla que os doy.» Practicad las virtudes que os enseña para que se vea si éstas son, en efecto, las virtudes que exige nuestra vocación. ¿Cómo y para qué pretendéis que nuestro Señor inspire á su Vicario que apruebe la regla, si no encuentra personas con suficiente santidad para practicarla?

Por consiguiente, observadla y guardadla con amor y respeto.

Porque es respetable para vosotros. Y no decimos esto por haberla formado nosotros, que somos miseria y nada más; así como tampoco os decimos que proviene del cielo mediante revelación particular, ni por un milagro de asistencia directa del Espíritu Santo, pues carece de todos esos caracteres extraordinarios que tantas santas reglas presentan.

El pensamiento que la ha concebido, la pluma que la ha escrito, en sólo esto se ha inspirado: en servir á nuestro Señor en su Sacramento de amor mediante una asociación de hombres que se consagren especial é íntegramente á este servicio.

Por ninguno de sus miembros le ha dado Dios todavía esas brillantes sanciones que consagran una regla, pues no tenemos Santos insignes, vivos ni muertos, que la prediquen y recomienden: sus hijos no le han dado gloria todavía.

Entonces, ¿cuál es su gloria?—El no tenerla ante los hombres: no es más que una ordenadora, una institutriz que aspira á formaros para daros á Jesucristo en la Eucaristía. En esto, ¿qué gloria hay?

Mas si la Congregación poseyese un taumaturgo,

todos vendrían á escuchar su doctrina y ver sus milagros; pero ni siquiera entrarían adonde está el Maestro, pues vendrían en busca del talento de este hombre y luego se marcharían gloriándose de ello; y ¿quién se quedaría en la sombra con nuestro Señor?

La gloria de la regla, y de la Congregación por consiguiente, consiste en su fin, que es el servicio tan noble y glorioso de nuestro Señor reinando y triunfante en su trono de amor, y también está su gloria en formaros para Él; y con tal que pueda producir buenos servidores, desconocidos del mundo, pero gratos á su divino Maestro, nada más desea.

Hay que bendecir á Dios por la obscuridad en que deja á la Congregación, así como por su escaso brillo debe seros más amada la regla, porque su obscuridad os coloca con mayor perfección en vuestra virtud de adoradores, que es la humildad, la cual, si comprendéis y practicáis, seréis Santos.

Vuestra regla es oculta y misteriosa, como nuestro Señor en su Sacramento, y el mundo no la comprenderá; porque ¿comprende acaso á nuestro Señor y su misterio de amor? — En cambio la comprenden los que tienen la vocación, y ésta los guiará á ser perfectos.

La regla nos pone en el Santísimo Sacramento y nos reduce á nada. Otras reglas perfeccionan al individuo para convertirle en hombre útil que se pueda presentar frente á las glorias humanas para atestiguar las de la religión, lo cual es muy conveniente; mas la vuestra os oculta y anonada para perderos en nuestro Señor, porque no tenéis que manifestaros y combatir, sino adorar.

II. Practicadla, por lo tanto, y amadla, pues sola ella os santificará; en primer término, porque os pone en el camino de santidad y constituye para

vosotros una atmósfera de gracias, y después porque os indica por el reglamento lo que tenéis que hacer en cada hora del día, con lo cual os da á conocer la voluntad actual de Dios respecto á vosotros, y esto es importantísimo; porque en el mundo lo que extingue la devoción de los seglares piadosos y de los sacerdotes, es su libertad; como que ignoran lo que tienen que hacer y si han efectuado todo lo que Dios quería. Peligro es éste de que la regla os libra, pues cuando os deja libres, os señala al Superior, que podrá daros firmeza.

La regla os da además una gracia particular y adaptada á vuestro temperamento espiritual, y es para vosotros la expresión compendiada de toda verdad. Es vuestra gracia personal, la que os destinaba Dios cuando os concebía en su pensamiento, la que debe ganar la corona que desde entonces os reservó.

Cada hombre tiene su gracia propia y debe ser guiado por modo particular; pues bien: la regla es vuestra gracia de vida, la luz apropiada á vuestra mente y á vuestros ojos; os muestra á nuestro Señor en todo y dondequiera, os fija en Él y sobre Él sin distraeros hacia nada, porque Él únicamente es vuestro fin y vuestro todo.

Un Santo decía: «Quiero morir con mi regla, que ha sido mi camino; con mi Crucifijo, que ha sido mi fuerza, y con mi rosario, que ha sido mi perseverancia.» En lugar de la cruz poned el Santísimo Sacramento y pedid la misma gracia.

Aparte de vuestra santidad personal, debéis practicar la regla en provecho de vuestra madre la Congregación; porque su vida consiste en la regla observada y santificada por la práctica de sus hijos.

No es vuestro número el que alimentará, fortalecerá y prolongará la existencia de la Congregación, sino la práctica de la regla.

La cual es su alma y su vida; porque consistiendo toda sociedad en la autoridad, en ésta residen su fuerza y su centro; y así, quien no obedece á la regla, desarma á la autoridad y destruye la sociedad.

Está en la regla también el poder de acción de la Congregación, pues ésta no puede conducirnos á poseer las virtudes de nuestro Señor, si no seguís el camino que en su regla os traza, así como no obedeciendo á la regla, paralizáis la Asociación.

Mas, por el contrario, su gloria será la regla como sintáis por ésta amor y celo. Entonces acudirán las vocaciones y la Congregación se extenderá á lo lejos; pues lo primero que se pide es la regla y ésta no puede verse mejor que en los que prácticamente la comentan por su comportamiento. Para atraer, necesita la Congregación ser luminosa como un sol; y vosotros sois los rayos de ella.—El que intenta entrar en religión no reduce sus averiguaciones á las paredes ni á los hábitos, sino que se fija principalmente en las obras y mira si los individuos son Santos; y así, cuando la regla se practica bien en algún sitio, allí se entra con confianza, diciendo: «Aquí debo conseguir la santidad, porque es camino seguro el que se sigue.»

Quebrantada la regla, puede querellarse y, como Dios, maldecir á sus transgresores: «Los que me desprecian serán despreciables.» *Qui spernunt me, erunt ignobiles.* Sí, nuestro Señor los despreciará.

Recordad que todos los que abandonaron su vocación no estimaban la regla, á la cual querían añadir ó cercenar algo; mas nuestro Señor los rechazó

porque no quiere dos leyes ni voluntad contraria á la suya, indicada por Él al fundador.

No es á mí á quien toca sancionar ni recomendar la regla, de que no soy más que débil instrumento; si bien cuanto éste es más débil, muéstrase más fuerte nuestro Señor en defenderle, así como se muestra severo cuanto más bueno es el instrumento. Nunca es uno despedido ni se va por propio impulso, sino que sale arrojado por el mismo nuestro Señor, á causa de haber sido infiel á la regla.

Practicad la regla, si queréis glorificar á nuestro Señor; pues desde que entrasteis en religión, ya nada quiere de vuestra individualidad, por buena que sea. Miembro sois ya de un cuerpo, y no individuo independiente, de modo que nada podréis hacer sino en unión del alma y del cuerpo á que os habéis juntado, y hasta vuestras virtudes personales, si no se practican según el espíritu de vuestra regla, ya no honrarán á nuestro Señor.

Aunque os martirizarais, como esto fuera con separación de vuestra regla, nuestro Señor ni siquiera repararía en ello, además de que ni perseveraríais ni subiríais muy arriba, privados de vuestra gracia necesaria.—Tomad, elegid á un religioso de talentos medianos, pero bien poseído del espíritu de la regla, que la estime y emplee fielmente los medios de apostolado que suministra, y á otro religioso superior al primero en ciencia y talentos, pero que se sirva poco de los medios de la regla, y veréis cómo aquél realiza maravillas y el segundo resultará infructuoso en todo.

Ea, pues, mirad en la regla vuestro gran libro ascético, vuestra virtud y vuestra gracia; y como ella es la que ante todo y sobre todo debe haceros san-

tos, sea también vuestro criterio en los estudios y trabajos, y de nada juzguéis sino en conformidad con ella y desde su punto de vista. Ahí está el secreto de vuestra fuerza, porque está el vínculo de vuestra unión; ahí el porvenir de la Congregación y la glorificación del reino eucarístico de nuestro Señor.

Por lo tanto, amadla mucho, si amáis la Congregación, porque ésta y la regla son una misma cosa, supuesto que aquélla no vive sino por ésta, que es su alma.

Ahora bien: ¿no debéis amar con el más abnegado amor á la Congregación, vuestra madre?—De la cual puede decirse lo que la mujer del Evangelio decía de la Madre del Salvador: «Bienaventurado el seno que te llevó y los pechos que te dieron de mamar.»

Si: bendecid á la Congregación, respetadla y rodeadla de vuestra estima, porque es digna de honor como hija de la Iglesia y Esposa de Jesucristo glorioso y reinante en el Santísimo Sacramento, y ya ha sido aprobada por un santo y gran Pontífice.

Dadle vuestro amor de verdaderos hijos, de hijos bien nacidos, porque ella os ha dado á luz en el dolor.

Sometedle vuestras obras é inteligencia, por ser vuestra maestra en la doctrina y quien formará vuestra educación espiritual.—Por lo tanto, vivid de su espíritu, de sus máximas y medios, si queréis lograr su fin, que es también el de vuestra vida y vuestra dicha en este mundo y en el otro: el reinado de la Eucaristía en vosotros y en todas partes.



LA ORACIÓN

MEDIO PARA NUESTRA SANTIDAD

EN hacer bien nuestras acciones consiste nuestro comercio espiritual; en hacerlas según la regla, nuestra santidad; en hacerlas con espíritu de oración, nuestra perfección.

1. El espíritu de oración os es absolutamente indispensable, por muchas razones.

Desde luego tenéis necesidad de la gracia de Dios, de una gracia superabundante, porque sois contemplativos, adoradores y como tales estáis obligados á tener una vida enteramente celestial y siempre animada de motivos sobrenaturales. Mas como el único medio de obtener esta gracia es la oración, y á cada instante necesitáis de la gracia, es menester que adquiráis el hábito de la oración y seáis hombres de oración.

Establezco el principio de que la gracia de la Congregación es gracia de oración; que el espíritu de oración es una de sus virtudes características y distintivas. Esta gracia es la dote de todos los que aquí vienen llamados por nuestro Señor, que da la gracia

cuando expresa el llamamiento; así es que natural y como instintivamente debéis tener el espíritu de oración, pues forma parte de vuestro estado de religioso adorador; y así como cada criatura tiene su dicha en cumplir naturalísimamente, y como si no supiera hacer otra cosa, el fin para que ha sido creada, de igual manera debéis practicar con facilidad la vida de oración y con aquella alegría propia de todo ser que obra en conformidad con su fin.

Por la regla tenemos, incluso el oficio del coro, ocho horas diarias de oración pública en la capilla: si no sabéis estar ocupados durante todo ese tiempo, ¿cómo queréis vivir?

Yo, sin embargo, os digo que puesto que Dios os ha llamado, os habéis quedado y habéis tenido esas ocho horas de oración, poseéis, con mayor ó menor abundancia, el don de la oración; porque Dios no llama á uno para un fin sin darle los medios necesarios. En cuanto á la señal de nuestra vocación será, sobre todas las demás, la de invertir con gusto en la oración esas ocho horas. En cambio, si se tienen á la fuerza y gusta el descargarse de ellas, ó no se tiene vocación, ó se ha dejado perder.

II. La oración, no sólo debe ser la gracia para vuestra santidad, sino su principal ejercicio y la virtud de las virtudes; pues por ella alcanzaréis vuestras virtudes de estado, supuesto que siendo una virtud que tiene á Dios por objeto inmediato, lleva en pos de sí las demás virtudes y se sirve de ellas para ejercitarse.

Todo marchará como es debido cuando vuestra alma haya tomado con apetito su alimento; entonces tendréis la fuerza del sacrificio y la vigilancia en el combate.

¡ Ah! ¿ Por qué no hacemos consistir nuestra perfección en la oración? ¿ Por qué no dirigimos nuestros estudios y virtudes á aumentar en nosotros el estado y la facilidad de la oración? Empleamos nuestro tiempo y nuestras gracias en corregir algunos defectos; pero aun cuando ni uno nos quedase, no deberíamos permanecer estacionados, pues nuestro fin es el servicio de nuestro Señor mediante la adoración, y solamente para efectuar nuestra adoración de un modo más perfecto debemos corregir nuestros defectos y adquirir las virtudes. La misma santidad no es otra cosa sino un medio de servir mejor, y es necesaria, indispensable, porque nuestro Señor no puede admitir más que servidores santos; pero aun cuando ya se la posea, todavía es menester que el espíritu de oración le dé la forma propia del servicio de nuestro Señor, que es la adoración.

Así es que para vosotros todo consiste en perfeccionar ese real servicio. Por lo tanto, formaos una ciencia de adoración; de todo lo que leáis componed para vuestro uso un manual, un depósito de asuntos para la adoración; no leáis un libro piadoso sino con intento de hallar en él un nuevo alimento para la oración. Todo lo demás vendrá después de ésta, como por añadidura.

Pero estad seguros de que, si oráis mal, no podréis practicar la virtud.— Por lo demás, necesitáis un centro de reposo, y éste no puede hallarse en la virtud, pues para esto sería necesaria una santidad consumada; y al mismo tiempo, la virtud para nosotros es una lucha, por lo cual nunca os diré que coloquéis en ella vuestra morada, puesto que si en ella os detuviereis, os perderíais, como el pájaro que cesa de batir sus alas. Vuestro deber es llegar

á la perfección del Padre que está en los cielos; por consiguiente, nunca podréis decir: «Ya es suficiente; ahora descansenos.»

Tampoco el estudio ni la ciencia os proporcionarán una felicidad en que descansenis; porque en último resultado, ¿qué se sabe?

Acordaos bien de que nunca encontraréis la dicha sino en vuestras comuniones con Dios, adoraciones y acciones de gracias, pero sobre todo en las adoraciones, pues con frecuencia la acción de gracias es militante y doliente, porque nuestro Señor quiere que participemos de su cruz y de su humildad, llegándose á nosotros como divino Crucificado.

Pero es menester que en vuestras adoraciones seáis felices y gustéis de Dios, porque si no sois dichosos, tiemblo por vuestra vocación. Todo estado en que Dios coloca, torna felices á los que no le son infieles. — Y observad que si os desanimáis, si no está vuestro corazón en lo que hacéis, es que son malas vuestras adoraciones; pues cuando se ama no se padece ó, por mejor decir, como los goces se sobreponen á los sufrimientos, no se siente más que la dicha.

No hay más sino que para gozar de la adoración es necesario hacerla, entregarse á ella, prepararla, trabajarla, convertirla en fin de todo.

Quisierais ser como los Israelitas en el desierto, donde caía el maná todas las mañanas sin que hubiera más trabajo que el de recogerlo; mas aquello era un milagro de admirable condescendencia que no había de durar, porque en la tierra prometida, así como en el mismo paraíso, la ley era el trabajo.

Disfrútase mucho en un delicioso festín durante el que apenas se piensa en los gastos y en el trabajo

que ha debido de costar á los que le prepararon: ¿queréis vosotros disfrutar de las delicias de la oración en el banquete de la adoración? ¡Preparadlo, porque tan sólo tendréis lo que hubiereis preparado!

III. Es necesario que vuestras adoraciones se hagan según el método de la Congregación, conforme al método propio de nuestra vocación.

Cada corporación religiosa emplea el método que más conviene á sus necesidades y á su fin; nosotros hemos adoptado el método de los cuatro fines del sacrificio, por ser el que mejor que todos nos une con Jesucristo, primero y perfecto adorador, cuyas adoraciones y oraciones por la gloria de su Padre y la salvación de las almas debemos reproducir. El sacrificio de Jesucristo es su oración por excelencia; es también la oración por excelencia de la Iglesia, y reúne en sí todos los deberes que la criatura tiene para con el Creador, á la vez que expresa todo cuanto debemos pedir.

Adorar, dar gracias, pedir perdón y orar en unión con el sacrificio de adoración, de acción de gracias, de propiciación y de oración de nuestro Señor en el Santísimo Sacramento: tal es el método de la Congregación, y que debe seros suficiente.—Los otros métodos no han sido formados para vosotros, ni corresponden á vuestra gracia; por manera que si el vuestro no os basta, es que no sabéis utilizarlo; sois, pues, ó enfermos, ó niños que ignoran el manejo de sus propias herramientas. En este caso aprended, interrogad, pues al efecto contáis con la gracia radical.

Pero con este método, que es como el cuadro de vuestras adoraciones, hay que diferenciarlas y dar á cada una un carácter distintivo, con objeto de evitar

la rutina y la pérdida de tiempo. — Tenéis tres de ellas al día.

Ahora bien: la primera debe ser una adoración de virtud en que el trabajo interior, la instrucción de vuestra alma y la corrección de vuestros defectos sean la principal ocupación: esta adoración es de perfección y de santidad, escuela y aprendizaje de la vida eucarística de Jesús, cuyos misterios y virtudes meditáis y tratáis de practicar primero en vuestra adoración y luego adoptando las resoluciones necesarias para ajustar á ellas vuestra vida.

La segunda debe ser una adoración de sufrimiento, en que os unáis á la Pasión de nuestro Señor, meditando sus sufrimientos exteriores é interiores, porque el sufrimiento es la perfección de las virtudes.

Mas la tercera debe ser de recogimiento, de descanso y de alegría en la bondad de nuestro Señor, sobre su Corazón ó á sus pies. Meditad allí los misterios gloriosos y gozosos de su vida; ved su amor y gustad de su ternura, no ya en el trabajo, sino en el silencio y el reposo.

Aunque no os digo que busquéis únicamente la alegría, nuestro Señor os la dará, porque la necesitáis, y Él también tiene necesidad de comunicárosla. ¡Es tan de su agrado hacer dichosos! Ved cómo, cuantas veces se muestra á sus Apóstoles, les lleva la paz, la alegría, la ventura; por lo cual, culpa vuestra será si nunca las experimentáis.

Insisto mucho en que os sintáis dichosos en la oración, pues en ello consiste vuestra animación, que es como el aceite que facilita la marcha de las ruedas; de modo que, cuando no lo seáis, debéis de-

cir: «No soy fiel; nada hago de provecho.» Claro está que esto os desalienta; pero aunque al decir: «Nada hago de provecho» es muy posible que digáis la verdad, no permanecáis inmóviles en ese estado, sino humillaos, volved y adoptad los medios para salir de aquella situación.

También puede ser esto una prueba que os envíe la suma bondad de Dios, pues los Santos fueron probados de esta manera durante mucho tiempo, si bien vosotros no habéis llegado á este punto. En general puede decirse que si no os sentís dichosos en la oración, la culpa es vuestra. Así, pues, humillaos y daos prisa en reconquistar las mercedes de nuestro Señor para mejorar de vida.

Mucho os compadeceré si no llegáis á ser felices en vuestras adoraciones, porque entonces ningún otro consuelo tendréis, pues ni os lo darán los hombres, ni lo encontraréis en la mesa ni en el descanso; porque, aparte de que el trabajo no falta, ¿qué clase de consuelos son éstos?—Es verdad que del religioso se dice que carece de cuidados, pero esto es un insulto, y la dicha sólo reside en el contento del alma. Tampoco habrá de consolaros el ministerio exterior, porque no se os permitirá en tanto que vuestro espíritu de oración y la regularidad de vuestras adoraciones no estén libres de padecer por ello.

El mundo no llegará á vosotros, y aun cuando obtuviéseis éxitos entre las almas, no se os permitirá este gozo, porque debéis ser, como Juan Bautista, indicadores de nuestro Señor, viéndoos como es debido, abandonados hasta por los más próximos á vosotros, que se dirigirán hacia Aquel á quien mostráis.

Después de todo, creedme que nada ni nadie, fuera de nuestro Señor, podrá haceros verdadera-

mente dichosos. Paralizase vuestro corazón siempre que lo ponéis en contacto con cualquiera cosa distinta de aquellas á que es sensible, esto es, la oración y Jesús sacramentado, pues os ha dado Dios un corazón semejante á la sensitiva, que sólo puede sufrir el contacto del sol y del rocío celeste, y para todo lo demás se cierra.

Sed, pues, hombres de adoración; tened espíritu de oración; amad la adoración y llegaos á ella con alegría, como al banquete de los cielos, y entonces seréis felices y serviréis al Señor con la alegría en el corazón. ¡Ah! ¡Contentaos con Jesús sacramentado!



LA CARIDAD FRATERNA

PERMANECED con Dios para conocer su bondad; permaneced en el propio recogimiento para que conozcáis vuestra miseria y os despreciéis: estas son las dos fuentes de la caridad fraterna y el secreto para amar á los hermanos.

La caridad fraterna es la virtud predilecta de nuestro Señor, que caracterizó con ella á sus verdaderos discípulos: «Conocerán que sois mis discípulos si os amáis unos á otros.»

Ella es toda la ley, dice San Juan; quien la practica es buen religioso, pues la caridad sola basta, como que es el precepto del Señor.

Quien ama á su hermano ama á Dios, pues nuestro Señor transfiere al prójimo los derechos que tiene á nuestro amor; y si al prójimo á quien vemos no amamos, ¿cómo amaremos á Dios, á quien no vemos?

Jesucristo llama á la caridad precepto nuevo, pues aunque antes de su venida era un deber el amor, sin embargo, como el hombre no había visto el amor del Salvador, desconocía lo que era amarse sobrenaturalmente unos á otros; pero desde que se hizo her-